

EL LAGAR DE BOROBÓ

LUIS BLANCO VILA

DURANTE los deliciosos días de la pasada Semana Santa, entre la arena de Barraña y la de Carragueiro, escribí un homenaje a Borobó, que más parecía panegírico en honor de un santo de mi devoción. Por fortuna, de vuelta a Madrid, debió de extraviármeme allá por el Padornelo, pues no he vuelto a encontrar rastro ni en *el portátil* ni en disquete suelto. A lo mejor, se me ha *virtualizado* al entrar en contacto con la rutina de las aulas y se me ha ido a mejor vida. Me alegro. El panegírico se le hubiera acidulado a Borobó en el estómago. Lo advierto cuando alguien lo piropea; se pone ligeramente en guardia y esboza esa sonrisa de vergüenza, con reflejo de diente de oro —Crisóstomo, que decía Joyce.

Raimundo García Domínguez, Borobó, es santo de mi devoción. Suficiente homenaje es explicar por qué. Eso, además, tiene la ventaja de que no suscita reacción alguna en la serenidad gestual del aludido. Porque, para colmo, Mundo, Raimundo, Borobó —que de cualquier modo responde— no es santo de solemnidad con paño en púlpito ni de cruz de procesión en plata afilegranada, ni de capa pluvial que abriga más que simboliza. Borobó es, ha sido siempre, un aglutinador. En el casi secreto lagar de su biografía hay muescas de otras tantas gloriosas cosechas de espléndidos pupilos que arrancaron de su primer impulso. Y él, siempre tan discreto, desaparece en seguida, ni siquiera deja la mano después del empujón. Su obra literaria no tiene dimensiones personales llamativas, pese a tratarse, en buena medida, de género memorialista. Aporta, como escritor, *anacos*, y, puesto a escribir su *ópera magna*, se

le ocurre que le basta y le sobra con dotarlo con el recatado —aunque muy hermoso— título de *Papeles de Trevonzos*, con lo cual, además, hace gala de desprecio de corte —Boiro— y de alabanza de aldea —Trevonzos—, aunque el *concello* siga siendo el mismo, mío por cuna y suyo por adopción. De esta manera tan sencilla me encuentro con un santo más de mi devoción al pie de la ría, mirando a Rianxo desde la ladera, cierto, pero sin salir de la parroquia, bien asentado en el retablo de San Cristovo de Abanqueiro o de Santa Baia de Boiro, que, para el caso, viene a ser lo mismo. La verdad es que la iglesia de San Cristovo le va mejor a la picardía laica de Borobó, que para eso tiene en la fachada, en escultura de canecillo, alguna que otra escena *non sancta*.

No sé muy bien por qué me he desviado de esa manera en el momento en que estaba diciendo que lo de Borobó era aglutinar. Lo hace divinamente, por más que en ningún momento dé el *cheiro* de liderazgo. Dentro del perfil de una figura que tendría más de sochantre de Mondoñedo que de apasionada magistral de Anita Ozores, se encierra una mente organizada y organizadora, convincente y que incita siempre al trabajo serio y mancomunado, eso sí, con todas las prerrogativas de la libertad creadora intactas.

Yo comencé a rezar a Borobó antes de conocerlo. Y lo tuve muy pronto en mis plegarias porque fue mi primer y desconocido editor.

Estudiante de idiomas y latinidades, es decir, de Filología Románica, en la Universidad Central de Madrid, recuerdo que, durante el verano de 1962, anduve de cunetas por Italia, sacando el pulgar sobre el puño cerrado al primer conductor por si me hacía un *passaggio* y me acercaba a Livorno, al Grattacielo, donde, además del padre Guidubaldi, que dirigía el curso de verano, me esperaban personajes como Vittorio de Sica y el gran Giuseppe Ungaretti, con el que trabé respetuosa y entrañable amistad hasta su muerte en 1970. (Pero, por entonces, ya vivía yo en Roma). También andaba por allí, y dormía, tabique por medio conmigo en el Palace, donde me alojé la primera noche, una tal Sofía Loren, con cuarenta años menos de los que ahora tiene, que estaba rodando, a las órdenes de De Sica,

Los secuestrados de Altona, la obra de Jean Paul Sartre. Así que, a la vista de tantas cosas maravillosas como me estaban sucediendo, decidí escribir mi *Viaje a Italia*, eso sí, en formato de reportaje periodístico, aunque sin perder de vista el precioso libro del mismo título de mi paisano y, años después, entrañable amigo y colega de corresponsalía en Roma, Eugenio Montes.

En mis ratos de descanso del curso veraniego escribí a vuela pluma media docena de reportajes, a los que añadí retazos fotográficos de folletos turísticos, algunas fotografías que yo mismo había hecho, tarjetas postales... Y eso, tal cual había salido de mi facundia y de mis deseos de hacerme escritor de masas, se lo remití, por correo, al señor director del diario *La Noche*, de Santiago de Compostela, cuyo nombre y circunstancias desconocía. Recuerdo que, al salir de la Posta, los diarios italianos que se exhibían en los quioscos, además de hablar de la huelga que había protagonizado el día anterior su propio personal, en un recuadrillo esquinado decían algo semejante a esto: "Fraga Iribarne, un liberal, en el gobierno de Franco". ¿Recuerda, señor Presidente de Galicia?

Cuando llegué a Boiro a primeros de agosto, Borobó había publicado la media docena de mis reportajes. Creo que no cobré ni un patacón por el trabajo, pero aquel éxito por seis días reiterado a toda página sirvió para consolidar mi vocación de escritor. Creo que fue ese mismo verano —ya agosto— cuando escribí también mi primer artículo literario, desde la orilla del mar de Barraña. José Manuel Rey de Viana y María Victoria Canedo rodaban, en mi vieja playa, un *corto* con el naciente ballet de chicas guapas que había nacido no hacía mucho. Exhibí mis páginas publicadas y pude, así, acercarme más a los chicos y chicas que bailaban rítmicamente sobre la grácil espuma de las olas pacíficas que se desintegraban en la arena. ¡Qué bonito aquel artículo y qué pena haberlo extraviado! Cuando, a primeros de septiembre, descendí del Celta en la Senra, con mi escaso maletín colgado de la mano derecha, y con dos o tres horas por delante hasta el paso del expreso de Madrid, tenía el propósito de visitar al señor Director —ya me había enterado del nombre y del *alias*— que tan pulcra y gene-

rosamente había publicado mis *cosas*. Pero no tuve el valor necesario y pasé la espera recorriendo las capillas protestantes, es decir, los bares del Franco y alrededores, con mi amigo Manolo Chouza, hoy ilustre doctor en el hospital de Cruces de Bilbao. Así que Borobó siguió siendo para mí un ilustre desconocido, del que empecé a presumir en Madrid con el entusiasmo de quien estuviera hablando de un tío o allegado muy próximo. Hasta que, un día, me lo presentaron al alimón Manolo Blanco Tobío —otro supuesto tío mío, que no lo era— y Camilo José Cela. Para entonces ya habían ido Carlota y Mundo a vivir a Madrid. Comenzaba para él la última etapa profesional, la de la Agencia EFE.

Un día me contó algo de la guerra civil, pero no le hice mucho caso, porque no lo veía yo amenazando a nadie con un mosquetón o cosa parecida, ni siquiera aunque lo hubieran arrojado a una trinchera y le hubieran ordenado disparar. No obstante, estas referencias a la guerra civil que, como es evidente, apenas identifico, estaban, también, vinculadas a algún lugar concreto del Mediterráneo o sus proximidades, no sé si Castellón o Cataluña, lo cual convierte en totalmente absurda cualquier vinculación de Borobó con cualquier género de guerra. Tampoco soy capaz de situarlo en un escenario con fondo de paisaje que no sea gallego. Borobó sin Galicia carece de sentido.

Ahora lo veo de tarde en tarde, y eso que de su casa a la mía, cruzando en línea recta el parque interior de la urbanización en la que ambos vivimos, puede haber unos doscientos metros. La última vez que nos encontramos fue por aquí mismo, un sábado reciente, en un taller de reprografía: él estaba fotocopiando láminas hermosas de un viejo libro de historia —me parece que de España— y yo sólo necesitaba una copia del carnet de identidad para poder solicitar la renovación del de conducir. Unas semanas antes nos habíamos encontrado en la comida que tuvimos los periodistas gallegos de Madrid con Carlos Casares, que se nos fue unos días más tarde. La vez anterior habíamos coincidido en la capilla ardiente de Cela, también muy cerca de por aquí. Estaba sentado en un banco del zaguán de la clínica. Yo venía de dar la última clase del día en la universidad. Los dos parecíamos cansados. “Si quieres, te

llevo, le dije; tengo el coche lejos, pero voy a buscarlo y te llevo a casa". Me dijo que no, que ya iría en el 49. Otras veces, en cambio, suele ir conmigo, de vuelta de algún sarao, cena o cualquier zarandaja de esas que nos *sacuden* con nocturnidad y alevosía. Apenas habla durante el camino. Carlota suele hacer el gasto con mi mujer. Mundo es un hombre callado, santo, callado, de mi devoción. Y, aunque es cierto que los muchos años de uno igualan el trato con gentes de más años todavía, en este caso y a estos efectos, nunca parecen demasiados lo que uno cumple.

En algo, sin embargo, están al ras nuestras dos maneras de ver el mundo: en el humor que baña la visión, más serena en Borobó. Esta serenidad y este humor agudo pero inofensivo están, sin duda, en el origen de su condición de hombre que aglutina. Yo no tuve la suerte —ni el atrevimiento— de formar parte del famoso grupo de *La Noche*, pero he tenido, en cambio, la enorme fortuna de encontrarme a Borobó aquí al lado, y, desde entonces, desde hace ya tanto tiempo, cada vez que nos encontramos, nos basta con que alguno de los dos diga: ¡Eh!, que es una manera de decir que estamos alegres. Y que sea por muchos años, Mundo.

